

¡Pobre Luz!.....pálida y triste como el ángel del dolor, llorosa y convulsa en su hondo pesar, parece que los encantos, como una ironía horrible, vienen á derramar sobre su frente toda la poesía del sentimiento todo ese perfume santo que circunda á una mujer que ama, y que en su última lágrima y pos-trer beso encierra todo el misterio de una amarga despedida.

La pobre niña fijó sus ojos húmedos y brillantes en la faz sombría del guerrillero, y dijo suspirando:

—Eduardo, lloro por que dejo de verte, porque mi vida pierde sus encantos sin tí, porque te amo!

Su cabeza se inclinó como la azucena al golpe de la lluvia.

¿Que decir á una mujer á quien se ama con pasión, cuando participamos de las mismas angustias?

El coronel permanecía contemplando con un éxtasis de dolor á aquella débil y hermosa criatura, cuyas lágrimas caían como las gotas de rocío en el pétalo de las flores.

Eduardo se arrojó á sus pies, la acarició, le juró mil veces que no la olvidaría; en aquel momento sintió que su valor la abandonaba, que ante aquella mujer debía sacrificarse nombre, familia, porvenir, todo en aras de ese amor angélico..... no; ese mismo amor exigía el sacrificio de la separación.

Eduardo no debía perder el prestigio de su cariño; aquella misma mujer cuyo amor le arrastraba hasta pensar en el olvido de sus deberes, le vería más tarde pequeño y miserable. El sufrimiento enaltece, los peligros hacen aparecer digno al hombre que arrostra todo ante su honor.

Es necesario partir, yo soy hijo de la revolución, y la hora ha sonado! Levantóse Eduardo violentamente; entonces Luz se arrojó á su cuello que ciñó con sus brazos.

—No, no partirás, le dijo; porque yo moriré cuando la esperanza se haya desvanecido en mi corazón.

—No, Luz, dijo con voz ronca el guerrillero; tú maldecirás más tarde este cariño; óyeme, esta sencia es la prueba que Dios pone á nuestro alcance para nuestro amor; resistámosla, mi corazón es tuyo, tu imagen vive en mi pensamiento en mis horas de infortunio, como esa lámpara en la soledad de la noche; sí, Luz, tú no desconfiarás de mi cariño, porque ofenderías á Dios.

Eduardo estaba aterrado, deseaba cargar con aquella mujer hasta el fin del mundo; sentía vacilar el suelo, con los brazos sobre el pecho contenía los hondos latidos del corazón.

Pasaban por su cerebro calcinado todos los recuerdos de sus amores, no turbados hasta entonces sino por nubes ligeras que al disiparse se hacía más hermoso el horizonte.

Sí, añadió, yo debo partir ¿no es verdad? ¿que sentirías al verme humillado ante los enemigos de mi patria, escondiendo las armas que tantas veces han defendido la libertad? ¿me despreciarías! Sí, Luz, me despreciarías y yo no podría ni aun

quejarme de tí. Si crees que se puede arrastrar una existencia de ignominia y envilecimiento, aquí está mi espada, rómpela, porque tendría vergüenza de conservarla; mi conciencia me diría: ¡infame! tu patria espira en manos extrañas y tú permaneces como un miserable en la molición de las ciudades, ¡maldita la hora en que la patria p uso en tus manos ese acero!

A estas palabras, hijas de un noble entusiasmo, la joven se alzó erguida, noble, inspirada, y con acento seguro dijo al guerrillero: ¡marcha! mis lágrimas se han evaporado con la llama de tu aliento, mi corazón late como el tuyo, yo no había sentido nunca esta emoción que hace agolpar la sangre á torrentes á mi pecho; ¡la patria! yo he amado la tierra en que nací, amaba hasta las paredes y el lecho de mi aposento, como ama la golondrina su nido; pero ese sentimiento que todo lo concluye, que aconseja el martirio y que acepta la muerte, hasta ahora lo comprendo, sí, Eduardo, marcha á la guerra, toma este relicario, encierra mi retrato, guárdale como un amuleto de mi cariño, mi alma te acompaña á todas partes, yo le rezaré á la Virgen por tí, sólo ella comprende mi amor y mis angustias, adiós, un último abrazo.....y se escondió como una paloma en el pecho agitado del guerrillero.

Aquello era demasiado. Loco, delirante, abandonó Eduardo aquel lugar donde dejaba á la mujer de su amor, al ángel de su guarda, á la esperanza de su existencia!

Luego que Eduardo desapareció, todo aquel valor heroico desplegado por la joven, tuvo una reacción dolorosa, aquella alma elevada al cielo del entusiasmo, volvía á la débil guarida del pecho de una mujer.

—¡Me muero! exclamó Luz, y se arrojó trémula y delirante en brazos de su querida Clara!

CAPITULO II.

I.

El Coronel Eduardo llegó á donde esperaban impacientes sus compañeros y subordinados. Los corceles rascaban el suelo con sus herraduras y relinchaban con frecuencia al percibir el toque lejano de los clarines de aquella tropa que abandonaba la ciudad.

—¡El coronel dijo el capitán Martínez, y todos saltaron á sus caballos.

—Capitán, estoy desesperado.

--Este México, replicó Martínez, estira más que el imán, todo es la primera jornada, cuando pase el primer sudor, ya estaremos tranquilos, además que no tendremos mucho tiempo que digamos para entristecernos, pronto los gabachos nos pondrán en guardia; porque yo no salgo del monte sino para la Martinica ó para Mixcalco. He platicado muchas veces con la muerte, somos amigos viejos, yo sé que le pertenezco más tarde ó más temprano. En cuanto al destierro ¡ay! varias aventuras han rematado en Perote y San Juan de Ulúa. Soy fruta de Yucatán.

El Coronel dejaba charlar á su ayudante sin poner el menor cuidado en su conversación que otras ocasiones le había distraído en los caminos y en las posadas.

El capitán no era hombre que reparaba en esas frioleras de no hacerle caso; en comenzando una conversación, seguía hasta concluir sin cuidarse de si tenía ó no auditorio.

—Estos mochos, continuaba, son el mismo demonio; no les perdono esta cicatriz que divide mi cara, ¡qué importa! el pedazo de oreja que me falta no lo echo de menos, me parece que oigo mejor, crea usted, coronel, que el tajarrazo estuvo regularillo; pero yo tengo piel de lobo: las chicas hacen un gesto cuando me pongo tierno, pero luego se ríen con mis historias: apropósito de ellas, es decir, de las historias, tengo una para después de cenar que lo va á divertir á usted mucho, muchísimo, es la historia de mi penúltimo amor, ¡qué recuerdos, coronel! esto es cosa de echar un trago.

El capitán llevó la mano á lo que llamaba su cartuchera de campaña, y ofreció un trago de cognac á sus compañeros.

—Esto es bueno, dijo soltando una estrepitosa carcajada, para curar á los enamorados, es el bálsamo de la ausencia, me lo regaló una chica fondista que me ha dado de comer, y á quien he pagado con abonos sobre la tesorería; ¡pobrecilla! pensaba robármela; pero como lo que forma la parte hermosa de esa mujer es la fonda, no era posible este proyecto ¡no importa! Yo como donde me ataca el hambre y bebo cuando tengo sed, tomo vino, y propiamente lo tomo, porque nunca lo pago.

Con este programa viajo contento, sin cuidarme de otros objetos que mi cartuchera y de mi mujer.

Al decir esto, puso la mano sobre el puño de su espada.

—¿No tiene usted familia, capitán? preguntó uno de los oficiales.

Quedóse un momento pensativo; como si dudase en la respuesta que iba á dar, y repitió maquinalmente: familia.....

¡Demonio! prosiguió, hay cosas peores que los franceses.

Ustedes son amigos míos, y de postre les contaré lo que quisiera olvidar, ¡demonio! ya verán ustedes, ya verán, esa historia es el secreto de mi vida de guerrillero y de revolucionario.

II.

En ese momento entraba la pequeña caravana á la Ciudad de los Mártires de Tacubaya.

—¡Mirad! sobre esas lomas donde está esa casa blanca que se llama Molino de Valdés, se levantó la noche del 11 de Abril de 1859 el sangriento patíbulo de los Mártires de la Libertad.

En esas rocas vagan las sombras de las víctimas inmoladas al fanatismo religioso y á la política del retroceso.

Durante la noche las nubes se posan en las lomas, y á la luz de los relámpagos se ve á los mártires envueltos en sus sudarios.

Un vapor color de sangre sube al cielo entre el aire de la tormenta para pedir el castigo de los asesinos!.....

La mano impía que escribió la fatal sentencia está ya cortada por el hacha del verdugo!.....

¡La justicia de Dios se ha cumplido sobre la tierra!.....

III.

El coronel y sus ayudantes se detuvieron en el portal de Cartajena, que está situado en la plaza principal de Tacubaya. Allí existe una especie de hotel.

El patrón es un hombre afable, halagüeño, ofrece cuanto posee por sus legítimos precios, no fía ni al banquero Barron una copa de vino.

—¡Hola! capitán Martínez, yo le estaba echando á usted de menos, creía que alguna desgracia.....

—Cosa mala nunca muere, replicó Martínez.

—No lo decía por tanto, replicó el hostelero, es usted terrible.

—¡Muchacho! pasea esos caballos.

El capitán, seguido del coronel Fernández y otro oficial, que llamaremos Quiñones, se dirigieron en línea recta á la cantina.

—¡Copas! gritó Martínez, que no siempre se hallan tan buenas como en esta casa.

El patrón hizo una profunda reverencia, que proporcionó al capitán una oportunidad para hacerle una mueca sin que lo notase.

Si el hostelero hubiera reparado en esa burla, se hubiera contentado simplemente con ponerla en la cuenta.

—¡Hum! dijo el capitán.

—¡Hum! repitió Quiñones.

Pero las copas quedaron vacías.

—Señores, dijo el patrón, desearán algo de cenar; pero es el caso que ya no queda nada en el establecimiento, porque la tropa se ha devorado cuando había.

—¡Canario! exclamó el capitán, yo lo ciento por los señores, que yo al fin siempre estoy en cuaresma.

Los señores! dijo el huésped, pueden disponer de todo lo demás como si estuvieran en su casa.

El capitán, que llevaba la voz, dijo:

—Pues haga usted dar algo á nuestros caballos.

Nuestro hombre respondió con tristeza.

—La pastura no se encuentra por ningún precio; la poca que había se consumió desde esta tarde.

—¡Con doscientos mil demonios! gritó el capitán, es preciso que coman algo nuestros caballos, estoy por meterlos al jardín para que coman camelias y geranios.

Como el capitán era capaz de eso y mucho más, el hostelero ofreció proporcionar maíz aunque fuese para la colación de la parte bruta.

—Subamos á dormir ya que no hay otro remedio, dijo Eduardo.

—Es que.....ya no queda un solo colchón, por derecho de conquista se los han llevado todos hasta el mío me han arrebatado y voy á pasar la noche sobre el mostrador.

Cuando el huésped creyó que el capitán iba á estallar como una bomba de á catorce pulgadas, vió con asombro que Martínez se echaba á reír con todas sus fuerzas.

—¡Por las orejas del vicario que esto es divertido! marchemos con la música á otra parte.

Un comerciante español que había presenciado esta escena, se acercó al coronel y lo invitó á tomar alojamiento en su casa.

—Aceptamos los tres, se apresuró á decir Martínez.

El español se sonrió, y precedido por sus invitados se dirigió á su habitación que estaba en el mismo edificio.

El capitán tomó posesión de una sala espaciosa, donde sólo había una cama preparada.

Sirvióse la cena.

El capitán menudeaba copas que era una gloria, y mezclaba chistes y ocurrencias felices.

Eduardo no hablaba una palabra.

Quiñones escuchaba con admiración á su capitán sin quitarle la vista.

Ensartó tantas aventuras, tantos lances y tantas mentiras que de su conversación podían sacarse otros cuentos de las Mil y una noches.

El huésped se despidió y quedaron solos los tres viajeros.

El capitán propuso desde luego un problema.

—Somos tres, dijo, y hay una sola cama: ¿como hacemos las particiones? la cosa es sencilla; al coronel le toca el colchón, á mí las sábanas y frazadas y al compañero Quiñones la almohada.

—Convenido, dijo humildemente el oficial.

—Pero no, prosiguió Martínez, al entrar he visto un colchón sobre el barandal del corredor, le tomaremos de leva por estar fuera del cuartel después de retreta y está el negocio arreglado.

Martínez, seguido de Quiñones, se dirigió á su presa y á pocos momentos volvieron con el colchón. Tendieron sus zarapes y.....

—¡Voto á los diablos! exclamó Martínez, me había olvidado, tengo que contar á ustedes la historia ofrecida.

El capitán, después de un rato de silencio, dijo:

—Soy hombre que nada oculto á mis amigos, voy á referir esa historia, que es nada menos que la de mi familia, ¡rayo! cuando recuerdo ciertas cosas, me dan ganas de ponerme á la boca de un cañón cargado de metralla.

En seguida se atusó los bigotes, se echó al colete una copa de catalán, encendió un puro y dió principio á su relato.

V.

—Nací en el Estado de Michocán, paisano del cura Morelos, para servir á ustedes.

Michoacán es el país de la libertad, allí nada está condeñado, desde el aire es libre ¡viva Michoacán!

Mi padre era labrador, estaba casado con una mujer más cinda que un serafín, ¡por Barrabás, mi madre era hermosa como una estrella!

Dos chicos había en la casa, mi hermana Guadalupe, que era más bella que mi madre, sí señores, mil veces más, mi hermana está guardada para un rey, no he visto otra que se le parezca, ¡rayo! y yo la celo como un tigre, si algún perillan me la engañase, le mataría mil veces ¡pues no! como que la quiero más que al general Zaragoza.

Esa muchacha es lo único que me inquieta, está sola en el mundo, ¡demonio! y esta vida que los gabachos se han empeñado en llevarse!.....en fin, Dios sabe lo que hace.

Un día, señores, al regresar mi padre á la casa no halló á su esposa, había desaparecido.

El pobre viejo se echó á llorar como un desesperado, porque la amaba tiernamente.

Yo era muy niño, pero recuerdo que estaba triste, profundamente triste.

Corrió el rumor de nuestra desgracia, ya ustedes conocen lo que son los jueces, mi padre fué reducido á prisión y nosotros quedamos abandonados.

—¡Con mil legiones de diablos! gritó el capitán dando un manazo tan fuerte sobre la mesa, que derribó las copas y las botellas. Esto es increíble, injusto, sí, muy injusto.

El juez inventó que mi padre había asesinado á su esposa haciéndola desaparecer, y lo setenció á diez años de presidio.

Eduardo movió con impaciencia la cabeza y Quiñones llevó involuntariamente la mano á su revolver.

¡Diez años! continuó el capitán; diez años es la vida de un hombre.

Mi padre salió con la cadena al pie á pesar de sus protestas de inocencia, á extinguir su condena á las obras públicas.

Para los pobres no hay justicia, es necesario hacérsela por nuestra mano.

En medio de aquella soledad que me infundía pavor, se me fijó sin explicarme la causa, la fisomía de un hombre á quien había visto de continuo en la iglesia del pueblo.

Su cara enjuta, su nariz roma, la frente deprimida, los ojos bajos, la barba temblorosa, los brazos sobre el pecho y la cabeza siempre inclinada como en meditación.

Dos días habían pasado de la prisión de mi padre, cuando se presentó en mi casa, una mujer.

—Vamos, nos dijo á mí y á Guadalupe, el señor está preso y ustedes no pueden vivir solos.

Este acontecimiento me hizo una fuerte impresión.

Seguimos á aquella caritativa mujer á cuyo lado viví seis años.

Siempre que la recuerdo, mi corazón se conmueve; la última vez que la visité, fué en el cementerio del pueblo.....pagué con lágrimas mi deuda de gratitud.

Quédose un momento en silencio, sacó después su pañuelo, enjugó sus ojos y continuó:

—Mi padre permanecía en presidio, yo le visitaba frecuentemente. Cuan lo me veía, enpuñaba la barreta, daba fuerte mente sobre las canteras del camino, y la barra de hierro despedía fuego.

Mi padre quería tal vez apartar de su cerebro alguna ima-

gen que le molestaba, y creía lograrlo con el rudo sacudimiento del trabajo.

Tenía yo veinte años cuando pasó el general Pueblita por el lugar de mi nacimiento.

—Pablo, me dijo; ¿quieres venir conmigo? Vamos á defender al país contra sus tiranos, contra estos infames que han sentenciado á tu padre.

—Al momento, le repliqué, yo quiero vengar á mi familia; y sin consultar á nadie, partí de aquel lugar extraño, cuya sombra había sido tan benigna para nosotros.

Además, la vida aventurera tiene para mí un atractivo poderoso.

El general me hizo alférez de su escolta y comenzamos juntos la revolución en Michoacán.

El movimiento iniciado en Ayutla seguía terrible, el que vive de la guerra, justo es que coma de la guerra.

Las contribuciones y los préstamos que se pusieron á la orden del día.

El general me envió al pueblo de Ario á recojer un impuesto á los causantes.

Como estas órdenes son sencillas, me encaminé al lugar de mi comisión, pregunté por un individuo á quien iba recomendado y se me presentó el viejo aquel de la iglesia de mi pueblo.

Una emoción involuntaria agitó mi sangre, el corazón me dió un vuelco que creí ahogarme.

El hombre aquel fijó en mí durante algunos segundos su vista, retrocedió dos pasos, se puso visiblemente pálido y me dijo con voz insegura:

—“Vete, Pablo, yo no tengo á esa mujer.”

—¿De qué mujer me habla usted? le contesté.

Entonces se repuso y con voz firme respondió:

—¿Yo? de ninguna. ¿Qué quiere usted en mi casa? ¿en qué puedo servirlo?

Le dije mi objeto, é inmediatamente me dió cuanto dinero le pedí.

La vista de aquel hombre arrojó sobre mi memoria la desgraciada historia de mi madre, su desaparición, el presidio.

El corazón nunca engaña.

El general Pueblita llegó esa noche y salimos al amanecer.

A la salida del Pueblo se acercó á mí una mujer y puso en mi mano un cartucho con dinero; quise detenerla, pero la perdí entre las sombras del crepúsculo.

Señores, desde aquel momento, dijo el capitán dando otro puñetazo sobre la mesa, el viejo no se apartó de mi imaginación; su extraña pregunta, su turbación tenía que ver algo conmigo, decididamente ese hombre me ha hecho algo, y algo terrible; porque yo le aborrezco instintivamente.

Por las noches pensaba en mi padre, en sus horribles sufrimientos.

Su cabello se había vuelto cano, las arrugas habían invadido su rostro, y su frente tostada por el sol se inclinaba agobiada de cansancio y de infortunio.

El infeliz viejo lloraba de vergüenza, y solo sus manos encañecidas en el trabajo del presidio enjugaba esas lágrimas.

A mi hermana le había prohibido ir á la prisión.

La familia se ha acabado: un viejo en la cárcel, una niña abandonada, un joven en las tormentas revolucionarias.

¿Estos tres seres abandonados, volverán á unirse alguna vez?.....

IV.

Hay seres cuya existencia pasa desconocida y cuyos sufrimientos sólo lo sabe aquel que traza en su eterno libro los crímenes y las virtudes de los hombres.

El capitán se arrojó desesperado sobre la cama.

Quiñones se tendió á sus piés, y Eduardo, sumergido en profundas cavilaciones é impresionado con la historia de su ayudante, se quedó un rato aletargado.

Unos toques dados con precipitación á la puerta, hicieron despertar á nuestros viajeros.

—Señores, dijo el español, me acaba de decir el criado que uno de ustedes ha tomado el colchón que estaba en el corredor.

—Presente, gritó el capitán, ¿y eso qué tiene de extraño?

—Tiene, replicó el español, que hace dos días ha muerto en él la señora mi suegra, á consecuencia de un tifo horrible.

Quiñones saltó como impulsado por un resorte.

El capitán exclamó:

—¡Por vida del diablo que esto es magnífico! vea usted que la buena de la señora se ha muerto á tiempo.

—¡Caballero!

—Lo dicho á su sentida pérdida se le debe el que pasemos bien el resto de la noche,

—¿Pero si sucede una desgracia?

—La desgracia sería morir en el suelo; sobre todo, yo temo más ponzoña que el tifo. Conque.....

—Pues entonces, buenas noches, dijo el español.

—Me gusta la ocurrencia, vean ustedes cómo las viejas sirven de algo alguna vez. Compañero, venga usted á seguir pormiendo.

Quiñones no respondió al capitán, tomó los arneses de su caballo, los tendió en el suelo y procuró conciliar el sueño.

El capitán roncaba á los cinco minutos, como si durmiera en una otomana.

VII.

Las dos de la mañana daban en el reloj de San Diego, cuando otros golpes más fuertes vinieron á sonar en la puerta de nuestros amigos.

—¡Rayo! gritó el capitán, esta es noche toledana: ¿qué se ofrece?

—¡Señores! gritó la voz de un soldado, el enemigo se acerca, están repartiendo el parque.

—¡Arriba, coronel! ¡el enemigo!

Levantáronse los tres violentamente, bajaron precipitadamente la escalera, ensillaron sus caballos y se pusieron en espera de los acontecimientos.

La luna estaba aún en el horizonte; pero su espléndida luz comenzaba á amortigarse con la suave claridad del crepúsculo.

Algunos luceros brillaban aún en el fondo de un cielo claro y apacible.

El aire agitaba apenas las hojas de los árboles, parecía que la naturaleza estaba desmayada como una joven á las primeras aspiraciones del cloroformo.

El ruido de las armas y los gritos de la tropa formaban una verdadera confusión.

La alarma era producida por la aproximación de unas guerrillas de Buitron que se dejaron ver sobre las lomas, tiroteando las avanzadas, cargando sus fuegos sobre los carros del parque.

Un incendio hubiera sido espantoso.

El bandido que capitaneaba á esos miserables, fué ahorcado por los franceses veinte días después de consumada su traición.

—¡Capitán! gritó el coronel Fernández, tome usted doscientos caballos y desaloje esas guerrillas.

Lijero como un rayo el valiente capitán, mandó tocar marcha, después trote y luego á escape, y se lanzó sobre las guerrillas enemigas con la destreza que se adquiere en el teatro de los combates.

A los diez minutos ya estaba trabada una escaramuza de primera fuerza.

Entre una nube de polvo y de humo desapareció el capitán.

¡Quiñones! dijo el coronel, avance usted sobre el camino con una compañía de tiradores.

El oficial cumplió estrictamente con las órdenes.

Martínez había puesto en fuga á las guerrillas y volvía trayendo algunos prisioneros.

Seguramente estaba acostumbrado á esta clase de encuentros, porque no le dió importancia al triunfo que acababa de obtener.

A las cuatro de la mañana se puso en marcha el ejército, emprendiendo el ascenso de las lomas que indican la proximidad del *Monte de las Cruces*.

Detúvose el coronel en lo alto de las lomas y fijó su mirada en la capital.

Apenas se distinguía la bella confusión de sus torres y sus cúpulas.

Las nubes acarician la frente de la beldad azteca, y el espejo de sus lagunas, como una faja de luz, simpatizaba con las tintas apacibles del alba.

El viento de la mañana agitaba los celajes importunos, semejantes á los espíritus de la noche que se apoderan del corazón para entristecerlo

¡México desapareció!

El coronel azotó fuertemente á su caballo, y sin volver la vista, se perdió en las quiebras del camino de Santa Fé.

CAPITULO SEGUNDO.

EL DRAMA.

I.

El que haya caminado con el ejército, habrá tenido lugar de ver los hondos sufrimientos de nuestros soldados.

Desnudos, hambrientos, seguidos de una familia desgraciada que participa de sus penas, emprenden su marcha sin levantar una queja, sin reflexionar sobre su situación.

La mujer carga á veces el fusil y el soldado al infeliz niño. Duermen al raso en el camino junto á una lumbrada y á veces ésta es apagada por la lluvia.

El fuego del sol y los hielos del invierno no lo abaten, así pasa su existencia hasta que una bala viene á poner término á tan penosa peregrinación.

Entonces aquella familia se hunde en la noche de su destino.

Luchan como leones en el combate, sí, luchan sin esperanza, porque su suerte no cambiará jamás: ¡que importa! si muere, aparecerá anónimo en el detalle de los muertos; si sobrevive al triunfo se le recomendará en la orden del día.

Gloria á vosotros, valientes soldados que derramáis vuestra sangre hace medio siglo por conquistar las libertades de vuestros hermanos, ¡gloria á vosotros! Os ha tocado una época bien desgraciada, pertenecéis á una generación de mártires; pero el porvenir es acaso de vuestros hijos.....

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

II

Las divisiones avanzadas no habían encontrado á su paso donde alojarse, y pernoctaron sobre el camino.

El tren de artillería era llevado violentamente; pero á veces se detenía en las cuestas y quebraduras á causa de su camino lleno de obstáculos.

Además de la tropa, ya hemos dicho que venían multitud de personas huyendo del contacto de los invasores ó temiendo ser víctimas en los momentos de la entrada de los franceses.

Los enfermos caminaban en coches embargados, y multitud de partidas sueltas se perdían en las veredas.

Presentaba aquel conjunto un cuadro pintoresco.

El canto de los soldados, los gritos de los conductores, las conversaciones de las caravanas, levantaban un murmullo constante.

Salió el sol y las armas formaban un cambiante de luz hermosísimo.

Todos los amigos se reconocían, se abrazaban, preguntaban por los compañeros.

Para dar idea de estas conversaciones, haremos que el lector conozca algunos diálogos.

—Querido, vienes muy triste.

—Un poco, la familia, la.....

—La novia, ya no pasarás tanto por los arbolitos, chico, ya estabas secándolos con tanto reclinarte, debías pagar la contribución de paseos.

—Iba yo por refrescarme.

—Ya entiendo, la sangre; eres más feliz que yo, á mi siempre me la han quemado.

—¿Quién es aquella muchacha que va con el teniente Ibáñez?

—Hombre, su hermanita.

—¡Ya! la hermana de su hermano. A propósito de hermanos, ¿dónde van los tuyos?